



En qué cultura educamos

Juan Carlos Urse | Maestro. Profesor de Idioma Español.

Toda acción educativa (formal, no formal, informal) es una construcción socio-histórica y, por lo tanto, en un sentido amplio, cultural. Educación y cultura son entidades entre las que se teje tal compleja e intrincada red de vínculos, que resulta prácticamente imposible referirse a una de ellas sin penetrar en el espacio conceptual de la otra, lo que permite determinar abordajes desde muy diversos ángulos. En este caso particular nos interesa buscar algunos de los hilos de esa trama, que pongan de manifiesto la estrecha vinculación existente entre la educación formal y la cultura de una sociedad determinada.

Una referencia etimológica

Comencemos por una breve referencia etimológica. En latín, el sustantivo *cultura* significa cultivo, cultura, tanto la cultura espiritual (*cultura animi*) como las diversas maneras de cultivar la tierra (*agri culturas*). Pero también se registra el sustantivo *cultus*, que no solo tiene el significado de cultura, cultivo, labranza, etc., sino también el de educación, civilización, ostentación, atavío exterior, y un largo etcétera. Y el adjetivo *cultus*, tanto con el significado de cultivado (un campo), como de culto e instruido. Y todos ellos, provenientes del verbo *colo*, entre cuyas acepciones encontramos, tanto la de cultivar, labrar, cuidar la vid, como la de cultivar (una amistad, la virtud, la filosofía).

El sustantivo latino *educatio*, por su parte, está registrado con el significado de acción de criar animales y plantas, así como también el

de educación, enseñanza, disciplina, formación espiritual, acción y efecto de educar, crianza, doctrina que se da los niños y a los jóvenes, instrucción por medio de la acción docente. Se considera que dicho sustantivo procede del verbo *educo* (*educare*), empleado con el significado de criar, alimentar, cuidar, pero también de formar, instruir, enseñar, educar; el que, a su vez, viene de *educo* (*educere*): hacer salir, sacar, llevar; hacer salir del cascarón, hacer salir del seno de la madre, echar al mundo, parir; criar, educar.

Como se puede apreciar, ambos elementos abarcan un campo semántico extenso que va desde el cultivo de la tierra al cultivo del espíritu a través de la instrucción, como es el caso de *cultura*; desde la cría de animales a la instrucción de una persona, cuando se trata de *educatio*; y, superponiéndose, sin más, ambos campos, cuando se trata de la enseñanza o de la educación.

Por supuesto que las referencias etimológicas suelen ser útiles fundamentalmente a modo de guía; tienen que ver con la historia, con la evolución de las palabras, lo que no implica, de ninguna manera, que la significación actual de una determinada lexía coincida o se desprenda siempre de su pasado. Pero en esta oportunidad, la etimología descubre que el vasto universo significativo de las palabras *educación* y *cultura* que se maneja en la actualidad, está prácticamente contenido en sus antecedentes latinos. Y muchas discusiones, o simplemente puntos de



Foto: Concurso fotográfico QE / Andrea Pelufo

vista que se adoptan ante el abordaje de un gran número de cuestiones relacionadas con la cultura y la educación, ponen en evidencia cómo las palabras suelen arrastrar toda su historia con ellas, manteniendo bajo la superficie de un significado corriente, aquellos otros que fueron recogiendo en su historia. Es lo que evidencian, por ejemplo, la identificación o la disociación que suele hacerse entre educación e instrucción, o entre cultura y grado de desarrollo artístico e intelectual; la distinción, a nivel del lenguaje, entre música culta y música popular, o la utilización, en la mayoría de los diccionarios, de la marca *cult.* para indicar que una determinada voz pertenece a un registro de personas con alto grado de educación formal.

Esta información etimológica es solidaria al punto de vista antropológico, en tanto afirma que la educación es siempre emergente de una cultura, entendida esta como la totalidad del modo de vida de los miembros de una sociedad: los valores que comparten los miembros de un grupo dado, las normas que acatan y los bienes que producen.

No hay educación sin cultura

No hay educación sin cultura, simplemente porque la cultura es la matriz, el marco, el contenido y el fin de todo proceso de formación humana, en tanto *«forma integral de vida que es creada histórica y socialmente por una comunidad a partir de su particular manera de resolver física, emocional y mentalmente las relaciones*

que mantiene con la naturaleza, consigo misma, con otras comunidades y con lo que ella considera sagrado, para dar continuidad y plenitud de sentido a la totalidad de la existencia», al decir de Olmos.

Nos construimos en el seno de la cultura y gracias a ella. La forma y los contenidos de nuestra subjetividad reflejan las condiciones de la cultura con la que nos hacemos sujetos singulares. Podríamos sostener con Javier Urra que existen dos amarres que nos conectan al mundo: por un lado, la compleja red de relaciones, interdependencias y sentimientos que nos unen o separan de los demás; y por otro, la cultura que aporta la sustancia que nos alimenta, a través de la que nos expresamos, por la cual damos sentido al mundo y comprendemos a los otros y a nosotros mismos; pero siempre que no olvidemos que el primer “amarre” no es independiente del segundo, o sea que la cultura no es solo “sustancia”, sino también forma, es el contenido de una relación pero también la relación misma.

La educación interviene en ambas formas de anclarnos a la realidad, relaciones y contenidos, defendiendo determinadas opciones y orientaciones teleológicas. Pero, evidentemente, este relacionamiento íntimo entre cultura y educación es bien diferente para quienes entienden que la educación siempre se mantiene presa de la cultura, encargada de orientar el desarrollo de una cultura, y para quienes mantienen que puede ser un factor de cambio.



Es decir, la vieja oposición entre el reproductivismo cultural y la educación como agente de transformación social.

Por otra parte, la educación, en tanto campo cultural específico, es el principal vehículo a través del cual una determinada sociedad o sectores de la misma producen o reproducen su continuidad y sentido en función de la necesidad de concretar sus intereses generales y/o particulares (hegemonías culturales), y de ir actualizándose históricamente en el seno de espacios culturales, o subculturas. Esto nos lleva a poner la atención en un aspecto de particular relevancia que no habíamos señalado hasta el momento: que la diversidad de la cultura humana es asombrosa, por lo tanto, cuando se dice que todo proceso educativo es la formación humana integral, es evidente que estamos frente a una abstracción, puesto que esos proyectos varían espectacularmente de una cultura a otra y entre distintas subculturas. Realmente vivimos en un entramado de subculturas donde juegan la estratificación social, los grupos étnicos, el género, la región del mundo en que nos ha tocado vivir, la religión, etc.

¿Cuál es la cultura con la que encultura la enseñanza?

Esto no invalida, sin embargo, el hecho de que todo proceso de educación (especialmente el formal) es un proceso de aculturación o enculturación. Se haga lo que se haga es imposible no *culturar*, porque consciente o inconscientemente siempre estamos educando en cultura: *enculturando*. Porque nunca, nadie, educa en el vacío. Se educa *desde y por* el mantenimiento y proyección de determinadas formas de vida, y tomando constantemente decisiones sobre cómo imbricar sistémicamente los elementos culturales (materiales, de organización, de conocimiento, simbólicos y emocionales) en función de la construcción de un determinado proyecto y no de otro.

Ahora bien, cuando hablamos de la educación formal, de la que lleva adelante la institución escolar, ¿cuál es la cultura con la que se encultura? La respuesta no puede ser una sorpresa para nadie, es la ideología dominante, la de las clases dominantes.

En una sociedad caracterizada por la amplitud y profundidad de los procesos de globalización y de la crisis mundial, la cultura que nos rodea es fruto de un amplio proceso de hibridación que nos ha venido empujando hacia la absolutización del mercado, la veneración de la competitividad, el desprecio de la solidaridad y la fetichización del consumo. Esta condición cultural es la que ha venido definiendo las políticas educativas de turno, haciendo eje en la necesidad de preparar hombres y mujeres para el mercado de trabajo que, por supuesto, lo definen las metrópolis imperialistas a través de los capitales transnacionales al servicio de su único provecho.

Mucho ha cambiado el mundo desde que las teorías críticas acerca de la función de la educación como reproductora del sistema de clases irrumpieran con Pierre Bourdieu. Pero lo que no ha cambiado es la división en clases de las sociedades; más aún, se ha globalizado a partir de los sucesos de la década del 80 y se ha profundizado en un verdadero espiral de la muerte, al decir de Hinkelammert, expulsando del proceso productivo a regiones enteras de la tierra. Y no hay ningún fundamento con mínima solidez para decir que haya cambiado la función de la educación como reproductora de las clases sociales, como reproductora de la cultura de la sociedad de clases.

Sin embargo, esto no significa que no se pueda hacer nada desde la educación. Siempre hubo y habrá resquicios para que la tarea del docente ayude a pensar, ayude a ser crítico, ayude a que se piense por cuenta propia. Todo docente es un gestor cultural y educa con su hacer y puede ser capaz de dar sentido al proceso de una sociedad que se encuentra sorprendida ante cambios de referencias, para que se piense a sí misma y construya las herramientas que le permitan orientarse de manera democrática. Por eso es tan importante propender a que no solo se tengan en cuenta las nuevas variables socioculturales en juego a nivel nacional e internacional (globalización económica y mundialización de la cultura), sino que, además, se consideren y promuevan aquellas alternativas sociales que puedan existir en las diversas regiones culturales, y que expresen identidades y proyectos de vida propios con el propósito de otorgar un sentido pleno y gratificante a los procesos de integración cultural.



Ni la cultura de la razón instrumental ni la del vale todo

Como tan bien describe Ángel I. Pérez Gómez: «La escuela, que durante estos siglos tanto ha contribuido a la extensión del conocimiento, a la superación de la ignorancia y de las supersticiones que esclavizaban al individuo, a la preparación de los ciudadanos, y a la disminución de la desigualdad, ha sido el fiel reflejo de los valores y contradicciones de la cultura moderna. En ella podemos encontrar la exageración e incluso la caricatura de los rasgos más característicos de la modernidad. No sólo abrazó la concepción positivista del conocimiento científico y sus aplicaciones tecnológicas, sino que incluso la aventura del conocimiento humano se presentó en la escuela despojada de la riqueza de los procesos, ofreciéndose como un conjunto abstracto de resultados objetivos y descarnados. Del mismo modo, el concepto de cultura valiosa se restringe a las peculiaridades de la civilización occidental, su historia y sus pretensiones, proponiendo como naturaleza humana los rasgos que definen el modelo de hombre, sociedad, verdad, bondad y belleza, que constituyen el canon clásico de Occidente. En consecuencia, la escuela no sólo ignora las peculiaridades y diferencias del desarrollo individual y cultural, imponiendo la adquisición homogénea, la mayoría de las veces sin sentido, de los contenidos perennes e intemporales de la humanidad (occidental), sino que olvida o desprecia por lo general los procesos, contradicciones y conflictos en la historia del pensar y del hacer, y restringe el objeto de enseñanza al conocimiento, desatendiendo así el amplio territorio de las intuiciones, emociones y sensibilidades». La escuela hizo un culto a la razón instrumental y cuando esta eclosionó dio un bandazo hacia el relativismo cultural, que en más de una oportunidad ha llegado a ser un relativismo a ultranza, la cultura del vale todo, de la imparcial tolerancia por el torturado y el torturador, para el oprimido y para el opresor, como indica Sebreli (1992), subordinando los derechos de los individuos a las tradiciones de la colectividad, sean estas las que sean.

Esa cultura, o mejor dicho esa ideología, encubre con su tolerancia indiscriminada el más profundo de los individualismos y aceita un régimen de superexplotación como jamás vio la

humanidad, adormece con el consumismo y con el bombardeo de información, estrechando los resquicios de una conciencia crítica.

Los docentes no estamos obligados a elegir entre una cultura y otra. Pero sí tenemos que ser concientes de las mismas para poder seguir actuando críticamente. Los avances tecnológicos de las últimas décadas, verdaderamente revolucionarios, tampoco constituyen por sí solos una solución de cambio. Como dice Pablo del Río: «la sociedad de la información y el conocimiento está teniendo un crecimiento excesivo, no sé si cancerígeno, en la información y quizá un crecimiento menos sostenido en la sensatez y la sabiduría». El uso meramente extensivo de las nuevas tecnologías no garantiza ese cambio necesario sobre la cultura dominante; es necesario responderse primero para qué sirven dichas tecnologías y comprender a fondo los cambios mentales que ellas generan en quienes se educan, para que puedan ser utilizadas a favor de extender y profundizar esa conciencia crítica, que es el punto de partida imprescindible para cualquier transformación social y cultural verdaderamente democrática, que termine con la desigualdad y la explotación humana. 

Bibliografía

- BLÁNQUEZ FRAILE, Agustín (1954): *Diccionario Latino-Español*. Barcelona: Ed. Sopena.
- DEL RÍO, Pablo (2005): "La educación de las nuevas generaciones ante los nuevos marcos de desarrollo, los medios y las NT. Una aproximación evolutiva y cultural". Conferencia ante el II Congreso Iberoamericano de EducaRed: "Educación y Nuevas Tecnologías", Buenos Aires, 30 de junio, 1 y 2 de julio 2005. (En Material de Apoyo para Formadores. Curso III. ANEP. BIRF).
- GIDDENS, Anthony (1994): *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- OLMOS, Héctor Ariel; SANTILLÁN GÜEMES, Ricardo (2008): *Educación en cultura. Ensayos para una acción integrada*. Buenos Aires. Ed. CICCUS.
- PÉREZ GÓMEZ, Ángel Ignacio (1994): "La cultura escolar en la sociedad posmoderna" en *Cuadernos de Pedagogía*, N° 225 (mayo), pp. 80-85. Barcelona: CISS Praxis.
- QUINTANA CABANAS, José María (1989): *Sociología de la Educación*. Madrid: Ed. Dykinson.
- SEBRELI, Juan José (1992): *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*. Barcelona: Ed. Ariel.
- URRA, Javier (2008): *¿Qué ocultan nuestros hijos? El informe que nos cuenta los secretos de los adolescentes y lo que callan sus padres*. Madrid: La Esfera de los Libros, S.L.